

desarrollando y elaborando en forma documentada en términos de otras situaciones culturales. En conjunto, estos volúmenes constituyen una completa re-exposición de la sociología urbana en la dirección de una teoría del inter-urbanismo.

Las exposiciones de Childe y de Turner proponen tres grandes revoluciones en la historia: la de producción de alimentos, la urbana y la industrial. Claramente se ve que cada una de ellas es, en realidad, una revolución técnica, porque cada una supone el desarrollo de destrezas y de utensilios (técnica y tecnicismo), mediante los cuales los recursos del ambiente pudieran convertirse en servicios y bienes económicos. La naturaleza de este proceso de conversión es, desde luego, una función del orden social y de la tecnología, de tal modo que el tipo de organización económica y el nivel de la teoría técnica (tecnología) determina el tipo, el grado, el volumen y la dirección en la utilización de los recursos.<sup>10</sup> Históricamente, las ciudades surgen cuando un complejo tecnológico (utensilios, destrezas y teoría) crea un excedente económico. Las rutas y la amplitud del intercambio de este excedente económico, desarrollan una red de comunidades cada vez más extensa, y con el crecimiento del comercio y de los transportes, se produce un incremento correspondiente en el tamaño y en la complejidad de la red urbana, que contiene y aprovecha el excedente. Unas ciudades se unen con otras, ciudades de diferentes culturas se relacionan por medio de contactos comerciales y culturales; la ciudad se convierte en el centro de cruce de las culturas. Turner ha expresado las relaciones mencionadas de la siguiente manera: "Como las culturas urbanas sólo aparecieron con la formación de un excedente económico, avanzaron principalmente en relación con el excedente económico." En general, es evidente el que en el desarrollo de las antiguas culturas urbanas orientales, tal incremento se ha producido de tres maneras diferentes: 1.—por medio de avances tecnológicos, tales como la introducción de la irrigación y del trabajo de los metales, 2.—mediante la expansión de empresas económicas, como las penetraciones en Siria de Babilonia y Egipto, y 3.—mediante el desarrollo de nuevas formas de administración económica, tales como la esclavitud y el sistema estatal de cultivo.

Las descripciones de los grandes imperios antiguos y clásicos del Mediterráneo y del Meso-oriente, realizadas por Childe y Turner, muestran claramente que ellos no se aferran a una simple interpretación tecnológica de la urbanización (y particularmente en términos de una tecnología concebida en forma limitada). Este punto está bien aclarado en el concepto que Turner tiene acerca

<sup>10</sup> Las distinciones conceptuales empleadas en este punto, las desarrolla el autor en *La Tecnología y el Orden Social*, Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional de México, 1956.

de una historia natural del urbanismo.<sup>11</sup> Él señala simultáneamente, la existencia de dos variables en el cambio y desarrollo urbanos, que serían la tecnología y la interacción social. Este pensamiento, enunciado como fórmula, diría: urbanización = *f* (tecnología, interacción). Al examinar su semblanza del desarrollo cultural urbano, etapa por etapa, podemos percibir, en forma esquemática, las siguientes correlaciones:

Fase	Tecnología	Interacción
I.—Surgimiento de la Cultura Urbana.	Técnicas agrícolas y manuales. Aparición del excedente económico.	Especialización primaria. Grupo que detenta el poder, grupo industrial.
II.—Especialización e integración social.	Nuevas tierras, nuevos utensilios, mayor productividad, nuevas materias primas.	Distinciones en el grupo poderoso: secciones seculares, militares y sacerdotales; grupos compactos de trabajo.
III.—Crisis interna.	Aplicación sistemática de técnicas productoras de bienes, nuevos utensilios y recursos; expansión de los transportes, especialización de los oficios.	Aculturación con grupos extraños; luchas intergrupales por el control del excedente económico; ascenso de la milicia.
IV.—Imperialismo urbano.	Cambios de los bienes por armas; utilización militar de la tecnología para obtener mayores recursos.	Patrón bizantino de organización social: esclavitud, red de contactos entre ciudades, nueva dirección, libre de tradición, grandes egresos.
V.—Descenso.	Pérdida en la integración de las masas poseedoras de conocimientos prácticos junto con sus mercados, consecuentemente, pérdida de productividad y de innovaciones productivas.	Regímenes políticos: falta de interés de los grupos poderosos en las innovaciones tecnológicas; explotación exagerada de los recursos; organización con base en la guerra, etc.

Si se examina —sin hacer caso del pesimismo espengleriano de esta concepción natural de la historia<sup>12</sup>—, se puede observar que este esquema propor-

<sup>11</sup> Turner, *op. cit.*, Vol. I, p. 279.

<sup>12</sup> La idea acerca de una historia natural del urbanismo no es necesariamente tan pesimista. Compárense las siguientes obras: Lewis Mumford: "The Natural History of Urbanisation", 382-400; W. L. THOMAS JR.: "Man's Role in Changing the Face of the Earth" (Univer-

ción un excelente ejemplo de interpretación de la tecnología y del orden social, la cual, según el realismo económico, siempre ha sido característica de cualquier forma de organización social. También pone de manifiesto la dependencia simbiótica, la interdependencia vital, que denota lo funcional de cualquier urbanismo. El urbanismo depende de la aparición y crecimiento del excedente económico, pero este crecimiento es claramente función de fuerzas interactuantes que formulan y ejecutan una política social con relación a la dirección de la tecnología dominante y a la disposición del excedente económico. El destino del urbanismo está ligado a la resolución de estos problemas.

Implícito en esta reconstrucción de la historia urbana en sus períodos primitivos, se encuentra un principio ricardiano que subraya la dependencia simbiótica de la urbanización en el entrelazo de la tecnología y el orden social. El principio ricardiano de los rendimientos decrecientes ha sido el punto de partida de numerosas discusiones a cargo del connotado autor y urbanista estadounidense Lewis Mumford.<sup>13</sup>

Según él, existen en la ciudad los límites físicos del abastecimiento de agua, la disposición de los albañales, el control del tráfico y las distancias físicas. Existen los límites económicos al crecimiento de los costos, pirámides congeladas de los precios en las rentas de las tierras y las hipotecas, depleción cívica y esterilidad urbana. Existen los límites sociales de la densidad de población, de la complejidad de la organización, de la pérdida de control social, del empobrecimiento institucional y de la vitalidad negativa. He aquí de nuevo la aparición de la dependencia funcional de la ciudad, en este caso, de la moderna ciudad industrial, vista frente a las limitadas posibilidades de una etapa determinada, frente a la interacción social y el desarrollo tecnológico.

Es necesario recalcar que la clasificación de Mumford de los estadios del moderno urbanismo industrial está basada en este vívido interjuego de las fuerzas tecnológicas y sociales.<sup>14</sup>

El fuerte cambio que se produjo en la urbanización occidental bajo el impacto de la industrialización, lo atribuye Mumford al patrón cambiante de las técnicas y las relaciones de producción. Los urbanismos eotécnicos, paleotécnicos y neotécnicos representan para Mumford la aparición de estilos culturales en los cuales la ciudad en proceso de transformación es vista como un intrincado y complejo intra-urbanismo —literalmente, si se nos permite el uso de

sidad de Chicago, Chicago, 1956); J. H. SEWARD: "Cultural Evolution: A Trial Formulation of the Development of Early Civilizations", *American Anthropologist* 51, N° 1, 1949, pp. 1-27.

<sup>13</sup> Con referencia en especialidad a *Culture of Cities*, op. cit., p. 235.

<sup>14</sup> Cf. *Technics and Civilization* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1935).

un nuevo término, se trata de un "urbanicismo"<sup>15</sup>— de los utensilios y de las instituciones.

*La Tecnología y el Orden Social como Funciones del Urbanismo.*—Hasta este momento, la presente discusión se ha basado en el punto de vista de que la ciudad es un *órgano* —literalmente, un instrumento, un implemento o utensilio de una determinada tecnología y orden social. Desde este punto de vista la ciudad es la creatura y la creación de los procesos tecnológicos y sociales. Quizá este pensamiento no haya sido mejor enunciado que por el propio Mumford, quien consciente del hecho de que la ciudad es parte integral de una unidad funcional mayor, la ve como el escenario de un magno drama. "La ciudad, tal como lo dice la historia, es el punto de máxima concentración del poder y la cultura de una comunidad. Es el lugar en el cual convergen los difusos rayos emitidos por muchos y separados centros lumínicos de vida, con ganancia en efectividad y significancia social. La ciudad es la forma y el símbolo de una afinidad social integrada: es el asiento del templo, del mercado, de la corte judicial, de los centros de enseñanza. Es en la ciudad en donde los bienes de la civilización se multiplican y desdoblan, en donde la experiencia humana se transforma en signos viables, en símbolos, en patrones de conducta, en sistemas de orden. Es en ella en donde se concentra todo lo producido por la civilización y donde se producen, en su debida ocasión, los pases rituales al drama activo de una sociedad enteramente diferenciada y consciente."<sup>16</sup>

Sin embargo, el enfoque interurbano de la sociología de la ciudad la considera también como una variable independiente que conforma, modela, limita, dirige e influye a la cultura total de la cual forma parte, y sin duda, a otras muchas culturas. Con el fin de destacar algunos de los temas más sobresalientes de esta teoría del urbanismo, nos proponemos referirnos a algunos de los contrastes entre las culturas campesina y urbana; así como señalar el impacto de la urbanización en los procesos técnicos y sociales, y sugerir algo acerca del papel de la ciudad en el futuro desarrollo de las actuales áreas subdesarrolladas del mundo.

La sociología interurbana, considerando que la ciudad es en sí misma una variable independiente en el nexo funcional descrito por los términos

<sup>15</sup> Término sugerido por el Prof. J. O. Hertzler, colega del autor, en una conversación acerca del tema. "El Urbanismo" puede referirse a la sociedad intra-urbana, "Urbanismo" a la sociedad interurbana, en la cual la ciudad es parte de un sistema de objetos relacionados entre sí y entre sí operantes y que funcionan como unidad.

<sup>16</sup> MUMFORD: *Culture and Cities*, p. 3.

tecnología y orden social, encuentra que ha sido la revolución urbana la mayor fuerza conformante en el ascenso al orden técnico (usamos en este punto el excelente análisis proporcionado por el antropólogo Robert Redfield).<sup>17</sup> La ciudad, con sus intereses ocupacionales y tecnológicos subordinando la primitiva organización social de la vida con base en el parentesco, nos enfrenta con la realidad social, constituida, sin duda alguna, por la civilización misma. Aquí, en la ciudad, los utensilios y las instituciones que constituyen el aparato de la vida civilizada están coordinados, racionalizados e integrados. Urbano y civilizado, urbanismo y civilización, son términos intercambiables. La ciudad es la matriz y la portadora, el espejo y el escenario de la forma y nivel de la vida social organizada, que históricamente ha sido reconocida como civilización.

Se puede decir que la ciudad constituye un índice valorativo que mide, indica y sumariza toda civilización. Childe sugirió este tema al descubrir los típicos rasgos de las sociedades humanas, todos ellos característicos de la vida civilizadas y muchos plenamente indicadores del orden técnico. Dichos rasgos son: 1) el fuerte incremento en la dimensión del poblado (del equipo material, ya que la asociación humana crece mucho más); 2) la institución del tributo o taxación con la resultante acumulación de capital; 3) edificación de obras públicas monumentales; 4) el arte de la escritura; 5) el principio de ciencias exactas y precisas, como la aritmética, geometría y astronomía; 6) instituciones económicas evolucionadas que hacen posible un amplio comercio exterior; 7) especialistas técnicos de tiempo completo, como en el trabajo de los metales; 8) una clase dirigente privilegiada, y 9) el Estado. Siguiendo a Redfield, podemos decir que el marco urbano proporciona las facilidades, el ímpetu y el espíritu necesarios para el surgimiento y perfeccionamiento de los sistemas institucionalmente formalizados, que señalan la transformación de las culturas populares en civilizaciones. La ciudad se convierte en uno de los polos de un continuum que tiene como centro el pueblo y la cultura campesina y en otro extremo la primitiva comunidad tribal. Con el surgimiento de la cultura urbana, la antigua sociedad pre-urbana, en la cual el orden técnico se encuentra subordinado al moral, es debilitada, a menudo destruida, y siempre transformada, hasta cierto punto, por el nuevo urbanismo. En él el orden moral se encuentra embebido en el orden técnico, raras veces se le diferencia y a menudo logra adaptarse espléndidamente. En realidad, la mezcla de varios órdenes morales a través del comercio y de la comunicación, en el emporio, que es la ciudad, generalmente, subordina, cuando no lo niega, el orden moral al orden técnico. Mientras tanto el empuje externo de la ciudad, como el núcleo del

<sup>17</sup> Cf. *The Primitive World and Its Transformations* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1953).

nuevo orden universal, transforma al aldeano rústico en campesino: los convierte, como sugiere Redfield, en sociedades parciales con culturas parciales, manteniendo una tenue autonomía en una difícil dependencia de la ciudad.

La novedad histórica de este nuevo orden de cosas, que es en realidad la cultura urbana, que también es civilización, puede ser representada en diversas formas. Posiblemente la descripción más certera y ciertamente una de las más provocativas, sobre el urbanismo ha sido la realizada por el finado Prof. H. A. Innis, historiador y economista político canadiense, el cual identificó el tema central de la civilización —del urbanismo— con la conquista y monopolio del tiempo.<sup>18</sup> Por medio de los conocimientos simbólicos y técnicos que la tecnología del excedente económico hizo posibles y concentró en la ciudad, los seres humanos en más de una primitiva civilización histórica, modelaron sus controles del tiempo, viéndose los resultados, en el correr de los años, en las tecnologías agrícolas y artesanales, en la administración pública y el régimen militar y en todas las artes y los conocimientos de la producción y la economía. El Estado chocó con la Iglesia en esta lucha por el control del tiempo, y recientemente, el debilitado control en manos del Estado permitió la invasión de una industria, que lentamente llegó a ser, en las ciudades industrializadas de Occidente, "la primera entre sus iguales" en esta competencia por el control del tiempo. El tiempo se entronizó en la ciudad, que liga el siempre amplio pasado con el siempre extendido presente y destaca, inexorablemente, el futuro. Este es el orden tecnológico en el cual el tiempo social se mecaniza, se estandariza, se empaqueta, se cotiza y se mercantiliza dentro de la más estricta conformidad posible con las demandas del momento que fijan los ingenieros y contadores del urbanismo industrial contemporáneo de Occidente, un urbanismo que promete alcanzar, muy pronto, validez universal, una validez a la cual ningún otro urbanismo histórico se ha acercado.

La novedad histórica y la sin paridad de la ciudad, entendida como la utilidad colectiva y el símbolo que llamamos civilización, frecuentemente está sujeta a mal entendimiento y mala comprensión, basadas en la confusión creada por dos tendencias completamente diversas en lo que se refiere a urbanismo. Por un lado, existe la tendencia, como en el caso del primitivismo cultural, a tratar a la ciudad como si fuera una invención diabólica, inflexible, corruptora, distorsionadora de la suprema moral y de los valores sociales de un orden social prístino identificado con los modos de vida primitivos o campesinos. Esas culturas primitivas o campesinas innatas son, frecuentemente, aclamadas como bienes más allá de toda ponderación; la civilización resulta despreciada por mala y destructora. Este moralismo dictotómico, que a veces pasa

<sup>18</sup> *The Bias of Communication* (Toronto, University of Toronto Press, 1951).

por ciencia en las manos, por ejemplo de algún ardiente antropólogo o de algún servicio subordinado de expansión agrícola, ha conducido a menudo, como ha sido observado<sup>19</sup> por el sociólogo George Dixon, a la interesante conclusión de que "el comportamiento esencialmente humano es una función de las estructuras sociales menos 'civilizadas'". "La Civilización" y el cambio social han sido investidas de una predisposición hereditaria producir "problemas". La posición rousseauiana sobre este punto de vista es infalible, sus valores ideológicos o propagandísticos inconmensurables.

Una interpretación del urbanismo igualmente desencaminada, que glorifica y afama a la ciudad, con la misma intemperancia y celo, con los cuales la anterior tendencia la destruyó y la atacó, puede considerarse como la teoría heroica de la ciudad. Ella ve a la ciudad como un héroe abstracto, que crea, sostiene, elabora, refina y a menudo rescata los valores humanos más significativos. En su apariencia más académica esta tendencia considera a la ciudad como el centro de un movimiento gradatorio de poder e influencia que se extiende hasta el "hinterland", tocando e influenciando aún la tierra más allá del "hinterland" la extensa y amorfa "tierra del más allá" (Yoland). Los sociólogos urbanos, los economistas y los geógrafos de los Estados Unidos de América se fascinaron y aún se encuentran fascinados por este aspecto del urbanismo, que burocratiza para una sociedad entera el orden social dentro del cual trabajan estos especialistas. En verdad, la burocracia urbana de mil tentáculos, ya sea la medieval o la moderna, la industrial o la pre-industrial, aporta importante evidencia del docto heroísmo que inviste a la ciudad de poder y prestigio increíbles, pero desde luego medibles.

Igualmente académico, pero menos romántico, es el pensamiento que arguye que una actividad, cualquier clase de actividad colectiva: dinástica, eclesiástica, militar, política, industrial, es por su propia naturaleza un fenómeno que lleva a la edificación de una comunidad. La ciudad es un agente importante y esencial de actividad, como lo hemos visto en los casos de la ciudad templo, la ciudad de atracción turística, la ciudad fortaleza, la ciudad santa, la ciudad capital, etc. Más aún, como actividad productiva varía, de una fuente de poder animada a una inanimada, al moverse entre una pobre y una alta tecnología,<sup>20</sup> el conglomerado de hombres, materiales y máquinas se vuelve más grande, más técnicamente subdividido, más intrincadamente coordinado. Una

<sup>19</sup> George I. J. DIXON: *Cultural Primitivism*, disertación doctoral aún no impresa. Universidad de Nebraska, 1954.

<sup>20</sup> Cf. en este tema particular a la original obra de Fred Cottrell: "Energy and Society", *The Relation Between Energy, Social Change and Economic Development* (Nueva York: MacGraw-Hill, 1955).

red de comunicaciones, control, planeación de decisiones y ejecución de las mismas, une a estos segmentos, cada vez mayores, de humanidad, en una vida común. Conocemos, vastas, complejas, multifuncionales ciudades que reflejan la amplitud y complejidad de una tecnología industrial envolvente, que algunas veces tipifican en su uniformidad la estandarización de la tecnología maquina, que algunas veces en su novedad e individualidad tipifica también la especialización y poder de creación de las máquinas —tal sería, por fin, una perspectiva del urbanismo contemporáneo, que está identificado con una tecnología llamada industrialismo.

En presencia de estas diversas versiones del papel de la ciudad en la historia no es fácil mantener un punto de vista justo. Puede encontrarse una cierta ecuanimidad en el eminentemente comentario histórico de Childe en su investigación acerca del progreso humano a través del tiempo, y que dice: "Pero precisamente porque la tradición es creada por sociedades humanas y transmitida por medio de vías distintivamente humanas y racionales, no puede ser fija e inmutable: constantemente cambia, acorde con las nuevas circunstancias que tiene que enfrentar la ciudad. La tradición hace al hombre, al circunscribir su comportamiento a ciertos límites; pero es igualmente cierto que el hombre hace a la tradición. Y así, podemos repetir con mayor profundidad: 'El hombre se hace a sí mismo'."<sup>21</sup>

<sup>21</sup> *Man Makes Himself* (Nueva York, Mentor edition, 1951, p. 188).